

Capítulo primera

El Escritor miraba por la ventana removiendo el café. La vista panorámica era romántica, se veía un estanque estrecho con las ramas colgantes de hortiga y otras plantas alargadas que gradualmente le cambiaban su anchura y lo transformaban en un aljibe deforme, bordeado por cadillo y cardos. Entre ese verdor, en forma exuberante florecía una hermosa flor azul. Eso hacía recordar los cuadros de Van Gogh y alegraba la vista. Aunque la luz del sol no le encandilaba, el Escritor entornaba los ojos, estaba ensimismado con sus pensameintos. Por la taza con el café, directamente sobre la mesa, corría irreversible una pequeña gota de un líquido marrón. La cucharita producía su propio sonido, de ninguna manera en el ritmo que le proponía la mano del que iba a saborear el café. El Escritor soñaba.

Todo el tiempo soñaba sobre una misma cosa.

Después del desayuno, sin haberse duchado, él ponía sus manos —tal cual lo hacía Van Cliburn— encima de la máquina de escribir y, después de una larga pausa, indefectiblemente escribía sobre una hoja limpia de papel las palabras: “¿De qué, de qué, pues de qué escribir?” Tenía tantas ganas de abigarrar un nuevo texto con modernas ideas axiomáticas, tan agradables para el corazón del Escritor, con palabras multiconjuntivas, con alusiones y reminiscencias...

La Mujer que le preparaba el café y que compartía con el Escritor el techo, le ponía sus manos en los hombros, le besaba en la nuca y repetía: “No es nada, no es nada”,

como si tratara de alentarle. Él, agachaba la cabeza, tomaba su mano, la apretaba entre las suyas y la miraba con sensación de culpabilidad. Ella reiteraba una vez más “¡No es nada!”, y antes de retirarse lanzaba un beso aéreo al Escritor. Después se iba. Él se quedaba solo, a medio girar, en el sillón y fijaba su vista en el suelo, mirando cómo lentamente se secaban los rastros de los pies húmedos.

Merodeando por las habitaciones, el Escritor a veces chocaba con paquetes de diarios que estaban tirados en la puerta de entrada. Allí los acumulaba la Mujer que, a su vez, diariamente los encontraba en el buzón del correo, a ella misma no le interesaban las noticias. El Escritor sacaba del montón un diario, lo abría y hojeaba las páginas sin leerlas. Los folios negro-blancos paulatinamente cubrían toda la mesa. Después el Escritor los tiraba de la mesa y suspiraba profundamente. Sus manos estaban sucias. Ese hecho se repetía bastante tiempo.

El Escritor en cierta época publicó una novela corta, o diríamos más bien, un relato largo. Recordaba muy bien los momentos felices cuando esa obra se iba creando. En aquel entonces, con el gran entusiasmo por su feliz creatividad, él muy agitado agarraba lo primero que hallaba a su paso: trozos de papel, sobres, diarios viejos, etc. y con fino y prolijo carácter de la letra, volcaba en ellos fragmentos de pensamientos que de pronto surgían. La Mujer recortaba prolijamente las creaciones del Escritor y las pegaba con engrudo casero sobre las hojas de papel. Esa tarea la entretenía y al Escritor no le concernía. El escribía, por que le resultaba fácil escribir. Resultó algo así como saturado de acontecimientos. Dichos acontecimientos se entrelazaban como víboras en la cueva, creaban intrigas que despertaban el interés en el lector.

Una sólida revista publicó por partes el relato en sus últimas páginas. La redacción no estaba colmada con cartas de entusiasmo de los lectores, pero cierta firma especial que se dedicaba al estudio de la opinión pública para

la revista, anunció que el relato tuvo “buena aceptación”. El anciano redactor bastante calvo, con gran satisfacción le dio un fuerte apretón de mano al Escritor, diciéndole:

—¡Para los dos siguientes trimestres ya tenemos algunas cosas, pero después, después estaríamos muy gustosos!

El Escritor se alegró como un niño. Sus prosas los lectores las leían, les gustaba y pedían más.

Ahora había que pensar en una nueva obra. Él ya sabía que la misma sería de unas 300 páginas, y también ya tenía idea precisa cuál sería el epígrafe. ¡Incluso, serían dos! Ya tenía una idea aproximada de cuál sería el título. Algo así, cómo “La nieve del año pasado”, de François Villon.

Bien, el Escritor comenzaba la mañana con el desayuno y continuaba con estar sentado detrás del escritorio y escribiendo en la máquina de escribir. La cinta de la máquina a veces se trababa cuando pasaba a la línea siguiente. “¿De qué escribir, de qué escribir?” Hasta el final del trimestre quedaba una semana y el Escritor paulatinamente empezaba a comprender el terrible hecho de que ya nunca más podrá escribir algo, de que no era, de ningún modo, ningún escritor. No era escritor, sino un idiota, al cual le acompañó la suerte: le cautivó la inspiración, por un instante despertó su talento que hasta ese momento no fue estimulado por nadie y que dormía fuertemente, y después una circunstancia favorable le dio la visa. ¡Pero en eso acabó! En tales minutos el Escritor deseaba que su novela hubiese sido encargada no por cualquier redactor calvo, sino por alguna persona con capa negra y sombrero que le tape los ojos, como a Mozart su Réquiem. Se sobreentiende, en ese caso el trabajo marcharía. Es que ¡cuál grande emoción estaría presente en el inicio de la obra!

Pero las ilusiones desaparecían muy rápido, y él se convencía diciendo: “Basta. Ya no podré escribir nada más. ¡Es necesario madurar y sufrir! Cuando resulte, entonces será el momento para escribir algo más. No

hay que afligirse de antemano. Llamaré al redactor y reconoceré que no tengo nada para publicar, y seguiré viviendo como antes. Sería mejor decir que escribí mucho, pero que por ahora no quería publicar: ¡Que el lector todavía no estaba listo!” La Mujer pensaba ingenuamente que apoyaba al Escritor diciéndole: “Tu puedes” —aunque ella misma dudaba de que fuera cierto lo que le decía. Él le preguntaba: “¿Tú piensas que es así?”, a lo cual convencida ella movía la cabeza pronunciando algo parecido a un afirmativo mugido. Generalmente, con similar sonido responde una abuela que teje, cuando su nieto le cansa con sus preguntas.

Al tercer día la urna bajo la mesa estaba llena de papeles arrugados, la Mujer comprendió que el trabajo no resultaba. Además le sorprendió, incluso la dejó preocupada, el hecho de que el Escritor trajera de algún comercio muy caro, papel de alta calidad con marcas de agua y también un conjunto de lapiceros. Antes no ocurrían tales cosas. Antes ella misma pegaba los trozos de papel con fragmentos de textos, que luego resultó una novela. Más tarde ella tuvo que acostumbrarse al golpeteo de la máquina de escribir. Ahora también eso quedaría en el pasado. No obstante, los lapiceros desaparecieron en algún lado en el fondo de la mesa e incluso cayeron detrás de los cajones móviles.

La Mujer regresaba de su trabajo al mediodía, preparaba el almuerzo, que el Escritor se lo comía en un estado de profunda depresión, decía algo entendible, habitual, relacionado con la vida, como el ruido del ferrocarril que pasaba detrás del bosque. Ella se iba desapercibidamente, dejaba al Escritor a solas, muy desvanecido, a pesar de haber almorzado muy bien, consciente de que todo se acabó y que debía reconocerlo. Era necesario retornar al trabajo anterior, el cual antes le satisfacía por completo y le gustaba. Allí, en la contaduría de la intendencia municipal, a su lado siempre había personas que hacían determinados

cálculos y los volvían a revisar, cada uno hacía lo suyo. De tanto en tanto levantaban la cabeza y sin falta se sonreían, no mirándote a ti, sino supuestamente a todo el mundo... Pero, por eso, cada minuto del tiempo laboral estaba lleno de acciones totalmente comprensibles. Toda su “creatividad” consistía en reflejar a tiempo, en forma plena y con certeza, la realidad existente. Algo parecido a los escritores, pero aquí era necesario hacerlo con cifras, densamente insertadas en columnas verticales y horizontales de los resúmenes del balance. El Escritor sentía esa metamorfosis e incluso se enorgullecía de que desde hacía mucho se dedicaba a reflejar la realidad. Sin embargo, le agobiaban cualquiera de los recuerdos en relación a esos años.

Tales momentos de reflexión al Escritor le resultaban penosos. Durante horas se paseaba por la casa, habiéndose puesto zapatillas grises sucias con las taloneras hace mucho pisoteadas. Cuando pasaba cerca de los estantes con libros, sin falta tocaba los lomos de libros muy bien encuadernados, luego se limpiaba el dedo sucio con polvo en su bata, también solía prender varias veces la televisión. Estando sentado en el diván, con la almohada del respaldo caída, él vaya saber por qué mantenía la cabeza girada hacia un costado y de reojo miraba la pantalla. En el torbellino de palabras, frases y diálogos, que se volcaban del mundo virtual electrónico, el Escritor buscaba enganchar alguna idea.

“¡Sobre qué, sobre qué puedo escribir, demonios!” —el Escritor retorció el cinto de su bata.— “¡Qué tontería! ¿De dónde saqué que podría escribir? Vaya, si una vez resultó, no significaba que... Una sola vez se pueden hacer muchas cosas... La primera vez siempre resulta bien, sobre todo a aquellos que no saben mucho... No por casualidad dicen en el casino que a los novicios siempre les va bien...”

El reloj en la sala de huéspedes sonaba cada media, también el aire detrás de la ventana se humedecía dando a entender que el día iba pasando, pero pasando en vano.

“El año tiene en total trescientos sesenta y cinco días, aunque a veces, trescientos sesenta y seis. Si la persona vive setenta años, entonces resulta que en total se suman unos veinticinco mil días y un poquito más. ¡Pero cuántos días yo ya me pasé sentado de esta manera!” Al formular estas conclusiones, al Escritor le agarraba una fiebre espantosa. Entonces, se iba al cuarto de baño, se mojaba la cara con agua fría y después largo tiempo se miraba en el espejo que continuaba poniéndose opaco. Con este procedimiento sus preocupaciones lentamente comenzaban a empalidecer y de nuevo se despertaba el intelecto. “¡Carpe diem, carpe diem! ¡Sabios! —entristecido decía el Escritor—. ¿Pero como lo atraparás? ¿Y qué hay para atrapar? ¡Mira cuántos días hay, no hace falta atraparlos.”

En la puerta de entrada se oyó el tintineo de las llaves. Eran las ocho. Algún tiempo se dedicará a la cena, también los pensamientos no serán tan pesados. Después de la comida, la Mujer hace ruido con la vajilla en la cocina. El escritor está sentado a la mesa, escarbando el fondo del frasquito de yogurt.

—¿Cómo sigue nuestra novela? —le aturdía con sus curiosidades la Mujer, limpiando la mesa—, ¿progresas?

El Escritor suspiraba, ponía las manos en el borde de la mesa, como el pianista que acababa de cerrar el piano con las notas sin vida, pero con las teclas que esperaban esas notas, y murmuraba algo en respuesta. La Mujer continuaba concentrada limpiando la mesa. El Escritor en lo profundo de su alma le reprochaba la falta de sensibilidad: “¿Para que hacerlo con tanta energía?” El hubiera deseado que la Mujer le acariciara la cabeza y en susurro le dijera algo así como: “Tú, probablemente, te habrás enfermado”, “Quizás te convendría volver al trabajo anterior”.

A veces, especialmente después de una liviana cena, el Escritor se iba a la ciudad para darse un paseo, ver algunas cosas, permanecer sentado tomando una jarra de cerveza, observando cómo se divertían y derrochaban su

precioso tiempo los frecuentes concurrentes de tales instituciones. A él le encantaban la facilidad de sus relaciones y la franqueza de sus sentimientos. El se compenetraba tanto con el espíritu de despreocupación que predominaba en el bar, que después de despedirse cerca de la media noche con sus nuevos conocidos, entraba volando a su casa y, bailando, exclamaba:

—¡Cuándo tomo cerveza, especialmente sin haber comido antes, me surgen en la mente cualquier cantidad de ideas!

—¿Por qué, entonces, no las anotas? —sorprendida preguntaba la Mujer. El Escritor se encogía de hombros y luego se acostaba en el diván. Se sentía satisfecho consigo mismo, con su inspiración, tenía fe de que mañana la misma se volcará en el papel en forma de obra maestra. Pero el Morfeo lo dominaba, entonces la Mujer con afecto le tapaba con una manta a cuadros.

Al día siguiente todo volvía a ser como antes: el café, una mancha marrón sin forma en la mesa, el ruido de la cuchara, el susurro de los diarios y su rostro odioso agachado sobre el lavabo. “No puedo más, —pronunció el Escritor—. ¿Es suficiente pintar un cuadro, para llamarse Pintor? ¿Una Sonata, para ser Compositor? Pues bien, yo escribí solamente una pequeña novela, pero la escribí con amor, y me sentía feliz por ello, además, experimentaba satisfacción con mi obra. ¡Al final de cuentas, Allain Fournier escribió una sola novela!, ¡Y Griboiedov!”

De manera inesperada empezó a llover. La ventana de inmediato se convirtió en el rostro “lloroso” del Escritor, límite de la desesperación.

“Eso se debe a que a uno lo mataron... en el frente, al otro, lo acuchillaron. ¿Y yo? Sin embargo sigo viviendo...” El Escritor pensó así y pudo recordar sólo sus años felices de infancia. Un fuerte viento sacude las copas de los árboles, gira la veleta, y él por reiterada vez levanta su mano por encima de la cabeza con una cometa atada de

su mano y corre con todas sus fuerzas, a la vista de toda la chiquilinada lugareña. Sofocado, no obstante se detiene y mira hacia arriba... Pero en el cielo no hay nada, excepto una fila de nubes y el arco iris producido por las gotas de sudor prendidas en sus pestañas.

“¡Por Dios! —pensó el Escritor—. ¿Puede ser que ya he dicho todo lo que podía y quería expresar?, ¿puede ser que ya he recibido la porción de felicidad que me correspondía? Pero si es así, entonces ¿en qué consiste ahora el sentido de la vida? ¿Qué hacer ahora?”

De repente se le formó un nudo en la garganta y sus ojos se llenaron de toneladas de lágrimas que no caían, sino que estaban estancadas como el agua en las esclusas. El escritor pasó al cuarto de baño donde había un botiquín, volcó sobre la palma de su mano todo el contenido de una botellita marcada en la etiqueta con signos exclamativos en color rojo, y con dificultad lo tragó tomando un poco de agua del grifo. Desde el espejo le estaba mirando alguien lloroso y despeinado. No pasaba nada. Pero después se sintió un poco aliviado, del mismo modo que ayer, cuando por la tarde estaba por decidirse a guardar en el armario la máquina de escribir, juntar las cosas de su portafolio de contador y lustrarse los zapatos.

Retornó a la habitación, sereno y aliviado. Se paró junto a la ventana con vista al lago. Descubrió que la flor azul se había caído y en su lugar se lucía un fruto raro. La lluvia acababa de finalizar, en las gotas adheridas al cárice se reflejaban miles de pequeños solecitos.

La Mujer llegó tarde al anochecer, después de quitarse el abrigo y las botas, entró en el despacho del Escritor.

El Escritor se encontraba sentado en el sillón de trabajo, con la cabeza agachada y los ojos cerrados. En el suelo estaban tirados los cajones que él había sacado de su mesa. En el medio de la mesa había una hoja blanca de papel de alta calidad con marcas de agua, sobre el cual estaba escrito con lapicero: “CAPÍTULO PRIMERO”.